

Más “leña al fuego” en la discusión sobre el Viaducto

El Viaducto y la opinión pública

La Prensa nos viene informando desde hace tiempo de la situación peligrosa en que se encuentra, y de las discusiones surgidas en todas partes sobre su futuro. Las opiniones están divididas entre los que proponen su conservación, después de restaurado debidamente, y los que prefieren el derribo y la construcción de uno nuevo.

Los “conservadores” tienen en contra una realidad indiscutible: el Viaducto no fue calculado para las cargas que hoy son normales en una vía pública. Por ello proponen como solución limitar el peso de los vehículos que puedan circular sobre él, y hasta suprimir totalmente la circulación rodada. Esta solución parece muy triste para el propio Viaducto, pues sería como declararlo inválido o jubilado a medias; también es mala solución para la magnífica vía que une la plaza de España con S. Francisco el Grande, que en su mitad se encontraría con un punto débil y no apto para la circulación normal de una calle actual.

Los partidarios de derribo del actual y construcción de uno nuevo no encuentran más dificultad que el coste de la doble operación, y el problema de la retirada de escombros, que casi inutilizaría la calle de Segovia durante bastante tiempo. Como también la de Bailén quedaría cortada al mismo tiempo, el caos de la circulación de todo el barrio sería inevitable.

Esta discusión entre ambos bandos presenta el curioso aspecto de ser completamente inútil, pues todavía no se conoce el dictamen del Instituto Torroja que ha de zanjar la cuestión. Es como querer tratar a un enfermo antes de hacer su diagnóstico. Puede ocurrir que el Instituto dictamine que hay que derribarlo, o que es apto para las cargas que sirvieron para su cálculo; en este último caso podría discutirse de nuevo sobre la limitación de cargas y la interrupción que ésta supondría para la circulación normal de la calle de Bailén. Pero podría ocurrir que si se declara en buen estado, el Instituto encontrase que el Viaducto es capaz para las cargas actuales, porque el coeficiente de seguridad aplicado por sus autores pudiese absorber también a éstas.

En espera de la opinión del Instituto Torroja no hay lugar para esta discusión; hay que aplazarla hasta saber si puede o no puede soportar las cargas actuales.

El estilo del Viaducto

Por razones que ignoro, se califica su estilo como "racionalista", y se exalta su importancia como uno de los pocos ejemplos de este estilo que quedan en Madrid. Basta mirarlo para comprobar que no tiene nada que ver con el "racionalismo" del primer tercio del siglo: los arcos con molduras entrantes en el intradós, los acartelamientos en el apoyo del tablero sobre los pilares, las torres de las grandes pilas con sus retranqueos y molduras, las ménsulas y la cornisa que lo rematan; todo ello, y hasta su composición general, se opone al lenguaje formal racionalista.

En cambio, pertenece a otro estilo de la misma época que ha desaparecido sin dejar sucesión, pero que tuvo gran importancia durante algunos años. Su cumbre fue la Exposición Internacional de Artes Decorativas de París, de 1925. Fue un esfuerzo colosal para inventar un estilo "decorado" que fuese propio de su tiempo, como lo había sido el Modernismo antes de la "Gran Guerra". Al igual que el Modernismo, el nuevo estilo debía abarcar la totalidad de lo que se hiciese, desde vajillas y telas hasta el hormigón armado. Precisamente éste aparece así de decorado en el Viaducto, que por ello es uno de los más importantes monumentos del efímero estilo que se conservan.

El destino hizo que en un rincón de la gran Exposición apareciese Le Corbusier con su pequeño edificio y su libro "L'Art Décoratif d'Aujourd'hui", que habían de dar fin a aquellos ideales decorativos. El mismo Javier Ferrero abandonó el estilo 1925—Arts—Deco en su mercado de Olavide, y se encaminó hacia el racionalismo.

El Viaducto y su entorno

Sorprende al que mira el Viaducto la preocupación de sus autores por la unión de la obra con el paisaje urbano. Encaja perfectamente con las calles de Segovia y Bailén y con los alrededores, a pesar de que su tratamiento formal es completamente distinto al de los grandes edificios vecinos. Nada en el Viaducto hay que se parezca al Palacio Real, a la Almudena (en aquel tiempo se pensaba que se terminaría en estilo gótico), al Palacio de la Capitanía, ni a S. Francisco el Grande. Tampoco se parece al barrio viejo que lo rodea de cerca.



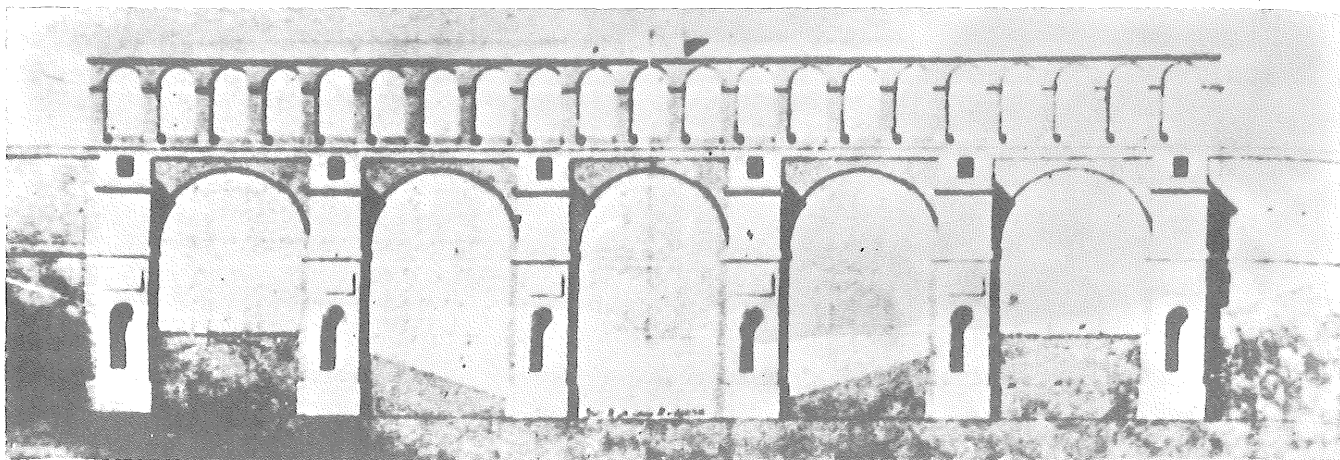
Creo que el arquitecto Javier Ferrero y los ingenieros de Caminos José Juan Aracil y Luis Aldaz acertaron al elegir una escala adecuada a todo el entorno; una escala menuda en vez del gigantismo que ya entonces podía ser accesible para un puente de hormigón armado. En vez de tres vanos podían haber hecho uno solo de cien metros de luz, con lo que hubieran roto el equilibrio métrico del barrio.

Todavía mayor fue el acierto en la composición del conjunto y de los detalles; de éstos se hizo mención antes, al tratar de su estilo 1925- Arts-Deco.

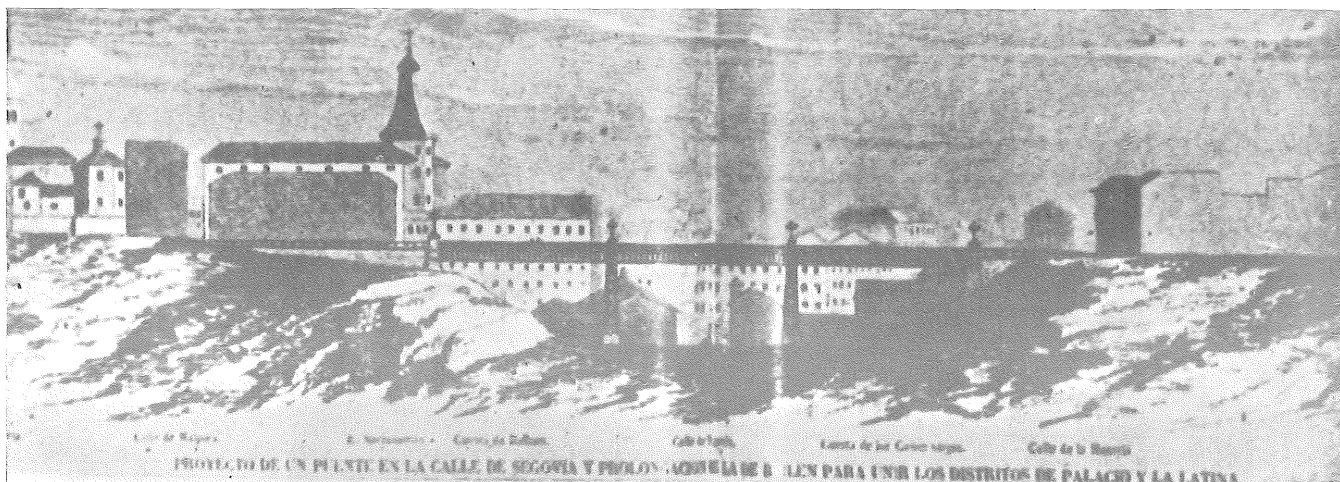
El conjunto está trazado como una multitud de piezas menudas, ordenadas dentro del encuadramiento que forman los arcos y el tablero.

Sobre cada arco, visto de frente, apoyan cuatro pilares, pero éstos están duplicados, lo que es insólito en puentes normales. Con esto resultan ocho pilares por arco, y como hay cuatro arcos, cada vano tiene treinta y dos pilares en total. Siendo tres los grandes vanos, y añadiendo los pilares que corresponden, por el interior, a las torrecillas de los ascensores, resulta un total de ciento doce pilares, si es que la cuenta ha salido bien. Con esto se ha logrado que visto desde debajo, vista importante porque es la que percibe el que entra a Madrid por la calle de Segovia, aparece el Viaducto como una especie de Mezquita de Córdoba flotando en el aire, y con la gracia alada de este monumento. Lo cual, dicho sea entre paréntesis, va muy bien con el barrio de la Morería.

Esta solución es la única para que la gran anchura de la calzada no pese como una losa sobre los viandantes. En el resultado estético extraordinario conseguido por Carlos Fernández Casado en su puente de Castejón sobre el Ebro, influye el hecho de tener solamente 10,50 metros de ancho en 100 metros de luz. Imaginemos lo que sería un puente, como es el Viaducto, con el ancho triplicado: o sería la losa que se dijo antes, o sería un túnel si el arco fuera de poca abertura. Esto último hubiera sido el caso si se hubiese construido el proyecto de Silvestre Pérez, muy acertado en cuanto era un puente estrecho sobre cinco arcos, pero se hubiese ensanchado en nuestro tiempo hasta llegar a la anchura que tiene el actual Viaducto. Sobre el proyecto de Silvestre Pérez conviene insistir, porque parece que sintió la necesidad de una escala pequeña y de una composición ligera, y al no poder conseguirlas en el



En estos grabados, podemos ver el Viaducto en piedra que José Bonaparte encargara al arquitecto neoclásico Silvestre Pérez, y que no llegó a realizarse; el metálico del ingeniero Eugenio Barón, antecesor del actual.



puente propiamente dicho, resolvió el problema con la galería que lo corona. Así que la repetición de elementos pequeños en el Viaducto actual, estimada como necesaria por el sentido compositivo de sus autores modernos, fue también sentida en tiempos antiguos, aunque resuelta entonces de un modo más artificioso.

En consecuencia, creo que el Viaducto es una obra muy excelente que debe conservarse si el esperado dictamen de Instituto Torroja no se opone a ello, y que en caso contrario, debe reconstruirse exactamente tal como es. El aumento de cargas se resolvería sin cambiar las secciones, pues son mejores el cemento y el acero de hoy que los antiguos. Queda la duda de si debería emplearse cemento blanco en vez del gris actual, y también convendría estudiar si en el proyecto original se indican las barandillas y las farolas conforme al repetido estilo 1925—Arts—Deco, pues las actuales, más o menos neoclásicas, no parecen corresponder al resto de la obra de Ferrero, Aracil y Aldaz.

La reconstrucción exacta de lo antiguo podría condenarse como una actitud "Kitsch", pero desde un punto de vista platónico, ya que no aristotélico—tomista, es perfectamente defendible: "las ideas son las formas", repetía a menudo el neo—platónico Eugenio d'Ors, y desde esta perspectiva filosófica, el cambiar una materia por otra tiene poca importancia.

28 Septiembre 1976
Luis Moya

Luis Moya